



Ríe,  
sueña,  
enamórate

Serie Jacaranda 1

*Una lista  
de propósitos  
y treinta noches  
de verano*

YANIRA GARCÍA

*Una lista de propósitos y treinta noches de verano*

Serie: *Jacaranda*

Volumen: 1

Primera edición digital: noviembre de 2019

Copyright @ Yanira García, 2019

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección: Raquel Antúnez

Maquetación: Raquel Antúnez



Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Amen, así, sin tilde.

Para Pablo, el niño de mis ojos.

Contigo cerca, vivo trescientas sesenta y cinco noches  
de verano.

# Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[EPÍLOGO](#)

[EPÍLOGO: AXEL](#)

[PRÓLOGO](#)

[BIOGRAFÍA](#)



## PRÓLOGO

—¡Te he dicho que marques la casilla de una vez! Eres cansina, Mérida.

Esa que leéis es mi hermana gemela, Olivia, a la que tengo que darle la razón en esta ocasión —y solo en esta porque no quiero que se acostumbre—, porque llevo toda la semana —y, cuando digo toda la semana, es un dato real, siete días con sus veinticuatro horas, sus diez mil ochenta minutos y sus seiscientos cuatro mil ochocientos segundos— de incansables y persistentes momentos de dudas e incertidumbres sobre el tema en cuestión, y ese tema no es otro que mi búsqueda de empleo.

Vale. La seguridad no es una de las cualidades que resaltaría en mi personalidad. No, no lo soy, os lo advierto de antemano para que no os llevéis un chasco, por lo que normalmente suelo consultar con ella cualquier cosa que implique una toma de decisiones. En realidad, le suelo consultar casi cualquier cosa, pero esto me tiene un poco —bastante— preocupada. Lo que sucede en esta ocasión es que la incertidumbre ha hecho mella en mí y mi cabeza va por sí sola. ¿No os ha pasado alguna vez que os repetís continuamente que no debéis pensar en algo, lo que sea y, tras ese pensamiento, lo hacéis más aún? Pues esa suelo ser yo y ahora parece que rozo la obsesión, pero solo porque me preocupa mi vida laboral. Os estoy chiflando y solo acabo de empezar.

La idea era muy sencilla, básicamente, porque me había montado una película digna de los Óscar en mi cabeza y no era otra que esa que me decía que, al acabar mi formación profesional, tendría miles de empresas ofreciéndome un

puesto de trabajo y la realidad dista mucho de lo que había soñado.

—Es una decisión complicada, Olivia, ponte en mi lugar, empatiza conmigo —le pido.

—Ya, espera que me la imagino, ¡ah, no!, no hace falta porque resulta que es la misma que la mía —se jacta.

Sí, somos gemelas, no nos parecemos en nada más allá del físico, pero compartimos situación: desempleadas. Ahora, Olivia lo lleva mucho mejor que yo, supongo que es debido al hecho de que yo tengo previstos unos planes de futuro con Adán, mi novio, y ella suele disfrutar del momento sin pensar en lo que sucederá mañana. Y esto lo digo con inquina, porque la envidio por no tener ese pequeño demonio en su hombro izquierdo diciéndole constantemente lo que debería haber conseguido y lo que realmente ha logrado, como sucede en mi caso.

—¿Y si tampoco me cogen? —De nuevo ese pequeño miedo ahí, amenazando mi moral y minando la de mi hermana.

—Pues buscas otra cosa, será por oportunidades en la vida, Mérida, hay tantas oportunidades como culos.

—En teoría, lo que hay como culos son opiniones.

—Esa frase vale para todo. ¿Que tienes un gusto diferente al mío? Igual que culos hay en este mundo. ¿Que piensas distinto a mí? Igual que culos hay en el mundo. ¿Que crees que Thor no es uno de los mejores superhéroes que existe en este mundo? Háztelo mirar, porque estás muy mal de la cabeza y necesitas ir a terapia.

—La que está muy mal de la cabeza eres tú, Olivia; fatal, diría yo, siendo más específica.

—Y tú te has vuelto una aburrida desde que sales con el pijo ese. Apuesto a que es él quien te mete en la cabeza esas cosas sobre las responsabilidades y bla, bla, bla. ¡Somos unas jovencitas! —exclama girando sobre sí misma con los brazos completamente estirados—. Tenemos que disfrutar de la vida.

—Tenemos que madurar, hemos acabado de estudiar, ¿no se supone que el siguiente paso es trabajar? —inquiero haciendo alarde de mi sentido de la responsabilidad.

—El siguiente paso, Mérida, es pasar el verano de nuestras vidas. Ya sabes, tras un gran esfuerzo, tiene que haber una recompensa y una recuperación.

—No vas a madurar nunca, Olivia.

—No, no pienso madurar, pienso disfrutar de este verano, porque, hermana, no será un verano distinto a otro que venga, pero, te aseguro, que será el mejor que recordemos. Y ahora, trae, que me voy a apuntar a ese proceso de selección contigo.

—¿Harías eso por mí? —Vale, ya no estoy enfurruñada, ahora estoy emocionada y quizá un poco agradecida.

—Claro, hermanita, por ti haría lo que fuera, incluso irme a la sierra en vez de disfrutar del sol del verano tumbada en una hamaca.

—Eres la mejor —la halago obviando su retintín.

—De eso que no te quepa duda, Mérida.

Como os decía, Olivia es mi gemela y, además de compartir color de pelo, pecas, estatura y fecha de nacimiento; también compartimos habitación y eso, a veces, resulta un castigo.

Habla mucho, demasiado, de todo, hasta de lo que le ha podido pasar al cruzar una calle; yo, en cambio, soy algo más reservada. Antonio, nuestro hermano, tiene un poco de las dos o nosotras de él porque es el mayor por un par de años.

Somos una familia bastante peculiar, imagino que como todas las familias. Utilizaré eso que ha dicho mi hermana antes y es que familias debe de haber como culos en el mundo.

Antón, mi hermano —que así es como le gusta que lo llamemos, porque eso de Antonio dice que le suena al siglo pasado— es un chico normal, no sé, le gusta la soltería, salir con los amigos y esas cosas que hacen los treintañe-

ros, pero tiene ese punto responsable que comparto con él. Tiene un trabajo fijo, es feliz con lo que hace y creo que eso es lo más importante de todo.

Yo hice un Grado Superior en Actividades Físicas y Deportivas, y Olivia estudió algo relacionado con las energías renovables, ella es rara hasta para eso.

Y, bueno, pues pasó lo que nadie esperaba que sucediese y no es otra cosa que conseguir ese empleo en una sierra que no sé ni dónde se encuentra, pero que me acerca más a esa meta que me he establecido en la mente, esos planes de futuro con Adán que cada vez están más y más cerca y no quiero precipitarme, pero parece que empiezo a sentar la cabeza de verdad, porque el primer paso para la independencia pasa por conseguir un empleo.

Y en esas me encuentro...

Resulta que la cosa no es tan sencilla como en mi cabeza había planificado, porque, para empezar, el trayecto hasta ese lugar se me está haciendo insostenible y no exagero ni un ápice.

Cuando os decía que no somos una familia al uso, hablaba de lo que sucede ahora mismo y, porque esta chica que está sentada a mi lado es idéntica a mí y mi madre también es pelirroja, porque juro y perjuro que afirmaré con rotundidad que soy adoptada.

—Papá, por favor, ¿podrías bajar el volumen de la radio? —Llevo apenas quince minutos metida en la camioneta de mi padre y estoy convencida de que es uno de los peores errores que he cometido en mi vida.

Mi padre, ese que ahora mismo conduce en dirección a mi futuro empleo, no solo no baja el volumen, sino que sonrío complacido con fastidiarme y canturrea: «Mi carro me lo robaron», haciendo los coros y todo.

Mi madre va a su lado, pero no canta, ella se limita a mirar el paisaje y a secarse alguna tímida lágrima que se le escapa.

Me tenía por la gemela que se había quedado con la parte genética a la que se le puede sacar provecho, excepto porque, hoy, ella ha sido mucho más lista y se ha traído los cascos para escuchar música en su teléfono, aún no entiendo cómo no supe caer en la cuenta de que mi padre, con lo que le gusta Manolo Escobar, Antonio Molina y Juanito Valderrama; no sería capaz de no acompañar el trayecto con sus canciones.

—Canta conmigo, hija, piensa que vas a estar sin disfrutar de la música de los grandes durante un mes.

Yo le sonríó, pero nada natural, es una sonrisa forzada en plan: «mátame, camión».

—¡Un mes! Un mes es mucho tiempo, Mérida —replica mi madre que empieza a llorar de nuevo. Temo que se deshidrate por el camino, porque, entre las altas temperaturas y la pérdida de agua, la cosa se puede poner muy fea.

—No es para tanto, mamá, tómatelo como un respiro; aunque, claro, entiendo que el respiro te lo tomas de esta que tengo al lado —le argumento mientras señalo en dirección a Olivia.

—Ni caso, mamá —replica mi hermana—. Yo te voy a echar muchísimo de menos, porque nadie, nadie, cocina como tú.

—¿Tú no estabas escuchando música? —me quejo al ver cómo le hace la pelota a mi madre, y esta cae en sus redes, siempre igual.

—Estaba, estaba —me responde con sorna.

—Préstame un auricular, apiádate de mí —le suplico mientras mi padre desafina como un buitre atropellado por una bicicleta sin ruedas.

—Ni de broma, no te quiero tanto como para soportar a papá haciendo eso —matiza mientras señala en su dirección y se coloca los auriculares de nuevo para, posteriormente, ignorarme por completo. La entiendo, aunque no me haga gracia, la comprendo, porque es insoportable.

—Tener hermanas para esto...

—Mi carro me lo robaron, anoche cuando dormía —canturrea mi padre.

Y así todo el trayecto. «Una de cianuro, por favor...».

Decido que lo mejor es centrarme en la parte importante del asunto y fantasear con todo lo que voy a aprender y con el trabajo que voy a desempeñar, que no es otro que ese que tanto me gusta y el que elegí como vocación. El caso es que veo la parte positiva de la trama y voy cargada de ilusión por poder trabajar por primera vez y llevo muchos más pensamientos positivos que ropa en la maleta.

—¿Qué vas a hacer todo este tiempo sin el sieso de tu novio? ¿Lo has pensado? —Adiós positividad, te echaré de menos.

—Olivia, deja a tu hermana —protesta mi madre.

—No discutáis —interviene mi padre que ya se las ve venir y sabe que esto acaba en enfrentamiento.

—¿Trabajar? —inquiero respondiendo una obviedad.

—Y llorar por las esquinas. Bua, Bua, no está Adán, bua, bua —gimotea mi hermana haciendo un pésimo intento de imitación, porque yo no lloriqueo así, lo hago con más suavidad y menos gritos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres adoptada?

—Mérida —me reprocha mi madre—, no trates así a tu hermana.

—Empezó ella, mamá —protesto a modo de defensa.

—¡Dios! ¿Quién me mandaría a mí a tener dos hijas y tres mujeres en casa?

—Eso quisiera saber yo —replica mi madre—, eso quisiera saber yo.

—Mi carro me lo robaron, anoche cuando dormía —vocifera mi padre para acallar nuestras protestas.

Y así todo el trayecto, el más eterno que he hecho en mi vida.

## CAPÍTULO 1

Un día te levantas llena de ilusiones y crees que nada puede salir mal, hasta que te subes en una camioneta de los años ochenta y tu padre, a toda voz, canta sin parar y crees que nada puede ir peor; pero, no, sí que puede, siempre puede ir peor y eso lo he ido aprendiendo con el tiempo.

Llegamos puntuales porque, a pesar de ser una familia extraña y con muchas peculiaridades, somos puntuales y en eso no hay quién nos gane, en eso y en lo competitivos que somos, sobre todo si se trata del dominó; pero ese es otro asunto que tratar en otra ocasión. Piano, piano.

—Vale. Tengo un plan —les explico al llegar, aún estacionados con el resto de vehículos en un terraplén—, voy a acercarme a la recepción y a preguntar, esperadme aquí.

Y me giro sin esperar respuesta a esa frase que acabo de verbalizar y que tiene lo mismo de orden que de súplica silenciosa.

A priori, no me parece un lugar para nada extraño. Siempre me ha gustado el campo, los senderos, perderme en el bosque; no sé, esa sensación de ser una superviviente y poder con todo lo que se me ponga por delante.

Quiero pensar que lo mío siempre ha sido la sensatez, pero no eso solo, sino una mezcla de lógica, cordura y ganas; porque ganas nunca me han faltado. Y, ahora mismo, observando todo como si jamás hubiese estado rodeada de frondosos árboles, matorrales de nombre desconocido y probablemente impronunciable y tierra, mucha tierra; respiro mejor.

Sigo el sendero con esa ilusión y ese nerviosismo navegando dentro de mi estómago y encuentro un pequeño